

semana de oración y estudio para superiores religiosas de las órdenes, sociedades e institutos femeninos de Madrid. El 29 de octubre de 1950 fue consagrado obispo, y nombrado Auxiliar de Madrid. Obispo de Huelva en 1964, fue nombrado arzobispo de Valencia en 1969, donde residió hasta su renuncia, en 1978.

En su labor pastoral supo mostrar el gran amor que sentía por el sacerdocio. Una entrega que le había llevado a fundar las Hermanas Oblatas de Cristo Sacerdote que, en 1950, recibieron la aprobación diocesana. Iniciado el proceso de beatificación, el 27 de junio de 2011, Benedicto XVI aprobó el decreto de sus virtudes heroicas, lo que implica la condición de venerable.

Conoció a san Josemaría en febrero de 1932. En el relato que escribió en 1976, cuenta algunos detalles de este encuentro y recuerda que le explicó el Opus Dei y le pidió oraciones. El siguiente encuentro fue ya acabada la guerra. En 1941 san Josemaría le pidió que fuera su confesor, tarea que desempeñó hasta que se ordenaron los primeros sacerdotes del Opus Dei, en junio de 1944. A partir de entonces el trato continuó hasta el final de la vida de san Josemaría, con encuentros ya en Madrid, ya en Roma, y con una abundante relación epistolar. Conservaron siempre una entrañable amistad.

Don José María fue testigo del cariño que el entonces obispo de Madrid, Leopoldo Eijo y Garay, tenía por san Josemaría. Un afecto que quedó patente cuando el Patriarca dijo, en voz alta, en la capilla del Seminario, después de unas ordenaciones y en un momento en que la Obra conocía algunas contradicciones: “Señor Rector, el Opus Dei es una Obra aprobada y bendecida por la Jerarquía, y no tolero que se hable en contra del Opus Dei” (GARCÍA LAHIGUERA, 1992, p. 26).

García Lahiguera definió la vida de san Josemaría como la de “un hombre entregado, como los santos, a Dios y a las almas (...). Un sacerdote *semper et ubique*, sólo

sacerdote, en todo sacerdote, siempre sacerdote” (GARCÍA LAHIGUERA, 1992, p. 51).

Bibliografía: AVP, *passim*; Vicente CÁRCCEL ORTÍ, *Pasión por el sacerdocio. Biografía del Siervo de Dios José María García Lahiguera*, Madrid, BAC, 1997; José María GARCÍA LAHIGUERA, *Josemaría Escrivá de Balaguer. Un hombre de Dios*, Madrid, Palabra, 1992; Id., *Diario espiritual y Apuntes espirituales*, Madrid, BAC, 2004; HERMANAS OBLATAS DE CRISTO SACERDOTE, *Don José María García Lahiguera*, Madrid, Encuentro, 2001.

Andrés MARTÍNEZ ESTEBAN

GLORIA DE DIOS

1. La doctrina cristiana: dar toda la gloria a Dios.
2. La fundación del Opus Dei marcada por el deseo de dar gloria a Dios.
3. La experiencia vivida de san Josemaría.
4. Raíces bíblicas de la enseñanza de san Josemaría.
5. ¿En qué consiste hacerlo todo para la gloria de Dios?
6. Sentido del deseo de dar toda la gloria a Dios.
7. La Virgen María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso.

La expresión “gloria de Dios” admite dos sentidos íntimamente relacionados. De una parte indica la imponente riqueza y majestad divinas. De otra, el reconocimiento de esas grandezas por parte del hombre, que en consecuencia alaba y “da gloria” a Dios. Examinaremos esa doctrina en san Josemaría, introduciendo el concepto con una breve consideración de la doctrina bíblica.

1. La doctrina bíblica: dar toda la gloria a Dios

El Antiguo Testamento nos enseña que el mundo creado contiene y proclama la gloria de Dios (*kabod Yahvé*), su santidad, su trascendencia, su inefabilidad (cfr. Am 4, 2; Is 40, 25; 46, 5; Sal 112 [Vg 111], 4, etc.; y comentario en KITTEL, II, 1935, pp. 235-258). El mundo está “lleno de su gloria” (Num 14, 21). Por eso toda la crea-

ción proclama la gloria de Dios: “los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 19 [Vg 18], 2; cfr. Bar 3, 34s). Son los hombres, caídos en el pecado, los que no dan a Dios toda la gloria, los que no le reconocen como su Creador y Señor. Por eso se lee en la Escritura: “Yo soy el Señor: éste es mi Nombre. No daré mi gloria a otro, ni mi alabanza a los ídolos” (Is 42, 8). Los creyentes tienen una especial obligación de proclamar la gloria de Dios ante todos los hombres. “Aclamad a Dios, toda la tierra. Entonad salmos en honor de su Nombre, rendidle el honor de su alabanza” (Sal 66 [Vg 65], 1-2; cfr. Is 60, 1-3; 66, 18s; Sal 97 [Vg 96], 6). En el Concilio Vaticano I, se enseña “que el mundo ha sido creado para gloria de Dios” (DS, 3025; cfr. AA, 3). Y Juan Pablo II señala que el universo entero es “una multiforme, potente e incesante llamada a proclamar la gloria del Creador” (JUAN PABLO II, 1986, p. 681).

Cristo, el Hijo Unigénito del Padre, es el reflejo perfecto de la gloria de Dios, “esplendor de su gloria e impronta de su sustancia” (Hb 1, 3). En la Última Cena se dirigía Jesús a su Padre diciendo: “Ahora, Padre, glorifícame Tú a tu lado con la gloria que tuve junto a Ti antes de que el mundo existiera” (Jn 17, 5). Esta gloria queda manifestada en la encarnación del Verbo de Dios: “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 14). Cristo manifestó su gloria a los hombres en el Tabor, en sus milagros (cfr. Jn 2, 11.23; 7, 31; 10, 41; 11, 45; Hch 9, 42) y palabras (cfr. Jn 4, 38.41; 8, 30; Hch 4, 4; 13, 48).

A lo largo de su vida terrena la gloria de Jesús permanecía más bien escondida a los hombres, porque éstos necesitaban ser convertidos antes de percibir la gloria divina (cfr. Jn 5, 19 ss.; 36-40). Jesús no manifestó plena y públicamente su gloria hasta haber llevado a los hombres a reconocer que el Padre estaba en Él, y Él en el

Padre (Jn 17, 20s), y esto presuponía, según los planes divinos, que llegara hasta la Cruz, donde su amor y su obediencia desvelarían la gloria divina. Y del mismo modo que Cristo entró en la gloria pasando por la ignominia de la Cruz –“¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?” (Lc 24, 26)–, el cristiano tiene que seguir a Cristo, en su vida y muerte, para entrar en la gloria de la resurrección. Para entrar en su gloria, Jesús tuvo que pasar por la Cruz. Es esa la doctrina de san Josemaría, vivida y comunicada a los hombres.

2. La fundación del Opus Dei marcada por el deseo de dar gloria a Dios

La convicción de que a Dios hay que darle toda la gloria estaba presente ya en los primerísimos años de la vida del Opus Dei y marca su misma fundación. A san Josemaría le inundaba un gran deseo de servir al Señor –frecuentemente repetía la jaculatoria “*Serviam!*”–, con el afán de contrastar ese “colosal *non serviam*, en la vida personal, en la vida familiar, en los ambientes de trabajo y en la vida pública” (*Carta 14-II-1974*, n. 10: AVP, I, p. 306). En sus *Apuntes íntimos* pidió al Señor “una voluntad de hierro, que, unida a la gracia divina, nos lleve a terminar para toda la gloria de Dios, su Obra, a fin de que Cristo-Jesús efectivamente reine, porque todos con Pedro irán a Él, por el único camino, ¡María!” (*Apuntes íntimos*, n. 215: AVP, I, p. 306). En un texto de 1931, en esos mismos *Apuntes*, puso por escrito con aire definitivo y solemne lo que llamó los tres «fines» de la Obra: “Jesús es el Modelo: ¡imitémosle! Imitémosle, sirviendo a la Iglesia Santa y a todas las almas. «Christum regnare volumus» «Deo omnis gloria» «Omnes cum Petro ad lesum per Mariam». Con estas tres frases quedan suficientemente indicados los tres fines de la Obra: Reinado efectivo de Cristo, toda la gloria de Dios, almas” (*ibidem*, n. 171: AVP, I, p. 306).

San Josemaría situaba así la búsqueda de la gloria de Dios –que a Dios hay que dar toda la gloria– en el centro vital de la misión que Dios le había encomendado. En otro escrito antiguo, de 1934, glosa este texto poniendo de relieve la coherencia entre en los tres fines recién mencionados: “Hemos de dar a Dios toda la gloria. Él lo quiere: *gloriam meam alteri non dabo*, mi gloria no la daré a otro (Is 42, 8). Y por eso queremos nosotros que Cristo reine, ya que *per ipsum, et cum ipso, et in ipso, est tibi Deo Patri Omnipotenti in unitate Spiritus Sancti omnis honor et gloria*; por Él, y con Él, y en Él, es para Ti Dios Padre Omnipotente en unidad del Espíritu Santo todo honor y gloria (Canon de la Misa). Y exigencia de su gloria y de su reinado es que todos, con Pedro, vayan a Jesús por María” (*Instrucción, 19-III-1934*, nn. 36 ss.: AGP, serie A.3, 90-1-1). Comentó frecuentemente la necesidad de la rectitud de intención y de dar toda la gloria a Dios: “«Deo omnis gloria». –Para Dios toda la gloria. –Es una confesión categórica de nuestra nada. Él, Jesús, lo es todo. Nosotros, sin Él, nada valemos: nada” (C, 780). E insistía en que el *Deo omnis gloria* se aplica no sólo a los fieles de la Obra uno por uno, sino al Opus Dei en su conjunto, corporativamente. En los *Apuntes íntimos* leemos: “Otros institutos tienen, como una bendita prueba de la predilección divina, el desprecio, la persecución, etc. La Obra de Dios tendrá esto: pasar oculta” (*Apuntes íntimos*, n. 581: AVP, I, p. 351). “Esa ha sido y será siempre la aspiración de la Obra: vivir sin gloria humana” (*Carta 24-III-1930*, n. 20: BURKHART - LÓPEZ, II, p. 40).

3. La experiencia vivida de san Josemaría

Corría el año 1941. Los apostolados del Opus Dei iban desarrollándose con fuerza, “sin pausa” (S, 97). San Josemaría acababa de perder a su madre. Caía sobre la Obra una tempestad de calumnias y malos tratos, lo que ya antes había llamado “la contradicción de los buenos” (cfr. C, 695).

Se visitaba a algunas familias de los fieles de la Obra, muchos de ellos jóvenes universitarios, para decirles que el Opus Dei era “una herejía muy peligrosa” (cfr. AVP, II, pp. 474-481). El fundador sufría el impacto de estos ataques en primera persona. Se resentía su salud. Alguna vez comentó a don Álvaro del Portillo: “Hijo mío, ¿desde dónde nos insultarán hoy?” (AVP, II, p. 478). Sentía en lo profundo de su ser la injusticia de todo aquello. Al mismo tiempo se daba cuenta de que el Señor le estaba probando, le estaba forjando, y pedía para sus hijos (y para sí mismo) que estuviesen “contentos, *spe gaudentes*! que padezcáis, llenos de caridad, sin que de vuestra boca salga nunca ni una palabra molesta para nadie” (AVP, II, p. 479).

Una noche en que no podía dormir por las preocupaciones, sintiéndose profundamente herido en su honra de cristiano y de sacerdote, puesta en entredicho por toda esa campaña, san Josemaría se fue al oratorio del Centro de Diego de León, donde residía, y, postrándose ante el sagrario, le dijo al Señor: “Jesús, si Tú no necesitas mi honra, yo ¿para qué la quiero?” (AVP, II, p. 480). A partir de este acto de entrega –cuenta– se quedó con una gran paz. Algunos años más tarde, en un texto claramente autobiográfico, comentaba: “Hijo, óyeme bien: tú, feliz cuando te maltraten y te deshonren; cuando mucha gente se alborote y se ponga de moda escupir sobre ti, porque eres «*omnium peripsema*» –como basura para todos... –Cuesta, cuesta mucho. Es duro, hasta que –por fin– un hombre se acerca al Sagrario, se ve considerado como toda la porquería del mundo, como un pobre gusano, y dice de verdad: «Señor, si Tú no necesitas mi honra, ¿yo, para qué la quiero?»» Hasta entonces, no sabe el hijo de Dios lo que es ser feliz: hasta llegar a esa desnudez, a esa entrega, que es entrega de amor, pero fundamentada en la mortificación, en el dolor” (F, 803).

En esos textos el fundador del Opus Dei emplea la palabra “honra” como equi-

valente a la de “gloria”. Lo hace también en otras ocasiones dedicadas a hablar de la “gloria de Dios”: “no vivimos para la tierra, ni para nuestra honra, sino para la honra de Dios, para la gloria de Dios, para el servicio de Dios” (F, 851). En *Amigos de Dios*, en una referencia también autobiográfica, expresa esos mismos sentimientos: “hemos de estar seriamente desprendidos de nosotros mismos (...). Me refiero también –porque hasta ahí debe llegar tu decisión– a esas ilusiones limpias, con las que buscamos exclusivamente dar toda la gloria a Dios y alabarle, ajustando nuestra voluntad a esta norma clara y precisa: Señor, quiero esto o aquello sólo si a Ti te agrada, porque si no, a mí, ¿para qué me interesa? Ases- tamos así un golpe mortal al egoísmo y a la vanidad, que serpean en todas las conciencias; de paso que alcanzamos la verdadera paz en nuestras almas, con un desasimiento que acaba en la posesión de Dios, cada vez más íntima y más intensa” (AD, 114).

Cuando en su predicación san Josemaría insistía sobre la necesidad de “dar toda la gloria a Dios”, como condición para la santidad y la eficacia apostólica, antes lo había vivido él mismo, íntimamente, en primera persona. Había hecho un descubrimiento vital, personalísimo, de la validez espiritual de este principio. Su descubrimiento quedó plasmado en el lema de toda su vida: “ocultarme y desaparecer es lo mío para que sólo Jesús se luzca”. Y comentó: “He sentido en mi alma, desde que me determiné a escuchar la voz de Dios –al barruntar el amor de Jesús–, un afán de ocultarme y desaparecer; un vivir aquel *illum oportet crescere, me autem minui* (Jn 3, 30); conviene que crezca la gloria del Señor, y que a mí no se me vea” (*Carta 29-XII-1947/14-II-1966*, n. 16: AVP, I, p. 317).

4. Raíces bíblicas de la enseñanza de san Josemaría

San Josemaría se refiere a la «gloria de Dios» de tres modos, casi siempre en estrecha dependencia de la Sagrada

Escritura. De una parte, citando frecuentemente la Escritura para indicar la excel-situd de Dios. De otra, en relación al cielo, a la «vida eterna» (las referencias son numerosas, cfr. por ejemplo, C, 29, 819; AD, 54; ECP, 77). Y el tercer modo, en lo que se refiere a la actitud concreta, actual, del cristiano que debe vivir «para la gloria de Dios». Se entiende que esos tres usos se relacionan el uno con el otro, y más en concreto, que el tercero lleva fácilmente al segundo. “Nuestra vida, en medio de las limitaciones propias de la condición terrena, será un anticipo de la gloria del cielo, de esa comunidad con Dios y con los santos” (ECP, 49). También escribe: “El Cielo es la meta de nuestra senda terrena. Jesucristo nos ha precedido y allí, en compañía de la Virgen y de San José –a quien tanto venero–, de los Ángeles y de los Santos, aguarda nuestra llegada” (AD, 220). Quien vive para la gloria de Dios entrará en la gloria celestial; es más, de algún modo ya ha entrado. Al mismo tiempo, vivir para la gloria de Dios requiere seguir con Cristo el camino de la Cruz. “Este es el camino seguro: por la humillación, hasta la Cruz; desde la Cruz, con Cristo a la Gloria inmortal del Padre” (F, 1020).

Además del texto bíblico citado (Mt 6, 16), san Josemaría emplea varios pasajes del Nuevo Testamento para hablar de nuestro tema, especialmente Mt 5, 16 (“Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos”) y 1 Tm 1, 17 (“Al rey de los siglos, al inmortal, invisible y único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”) (S, 718). Comenta por ejemplo “que la gloria de la Obra de Dios es vivir sin gloria humana”: “¡Que vean mis obras buenas! (...) –Pero, ¿no adviertes que parece que las llevas en un cesto de baratijas, para que contemplen tus cualidades? Además, no olvides la segunda parte del mandato de Jesús: «y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»” (S, 718). Y en otra ocasión: “Para Él [Cristo] toda la gloria,

todo el honor: *soli Deo honor et gloria in saecula saeculorum* (1 Tm 1, 17), sólo a Dios hemos de dar el honor y la gloria, por los siglos sin fin” (*Carta 24-III-1930*, n. 21: BURKHART – LÓPEZ, I, p. 394).

Yendo más a la raíz, san Josemaría encuentra el punto de apoyo para su enseñanza en la vida de Jesucristo. “Esa debe ser también la aspiración de cada uno de vosotros, hijos míos: pasar inadvertidos, imitar a Cristo, que permaneció oculto treinta años siendo sencillamente *el hijo del artesano* (Mt 13, 55)” (*Carta 24-III-1930*, n. 20: BURKHART – LÓPEZ, II, p. 390). Y lo mismo respecto a Juan el Bautista: “una humildad más profunda, de modo que, disminuyendo nuestro egoísmo, crezca Cristo en nosotros, ya que *illum oportet crescere, me autem minui*, hace falta que Él crezca y que yo disminuya” (ECP, 58)

5. ¿En qué consiste hacerlo todo para la gloria de Dios?

En repetidas ocasiones san Josemaría insiste en que la búsqueda de la gloria de Dios lleva consigo el afán eficaz, constante y humilde de ocultarse y desaparecer, de quemarse como incienso, sin hacer alarde; de no buscar aplauso humano, ni pregonar las propias obras ante los demás. El número de textos al respecto es muy elevado. En una de sus Cartas, el fundador escribía: “Seamos humildes, busquemos sólo la gloria de Dios: porque nuestra vida de entrega, callada y oculta, debe ser una constante manifestación de humildad (...). La soberbia y la vanidad pueden presentar como atrayente la vocación de farol de fiesta popular (...). Aspirad más bien a quemaros en un rincón, como esas lámparas que acompañan al Sagrario en la penumbra de un oratorio, eficaces a los ojos de Dios; y, sin hacer alarde, acompañad también a los hombres –vuestros amigos, vuestros colegas, vuestros parientes, ¡vuestros hermanos!– con vuestro ejemplo, con vuestra doctrina, con vuestro trabajo y con vuestra serenidad y con vuestra alegría” (*Carta 24-*

III-1930, n. 20: AGP, serie A.3, 91-1-1). En *Camino* san Josemaría dedica un capítulo entero al tema de la gloria de Dios. Entre otras cosas se lee: “Si la vida no tuviera por fin dar gloria a Dios, sería despreciable, más aún: aborrecible” (C, 783). “Da «toda» la gloria a Dios. –«Exprime» con tu voluntad, ayudado por la gracia, cada una de tus acciones, para que en ellas no quede nada que huela a humana soberbia, a complacencia de tu «yo»” (C, 784).

En otra carta, pedía a sus hijos no esperar el aplauso de las gentes: “que busquéis sólo agradar a Dios: con vuestra fidelidad al Magisterio de la Iglesia Santa, con el testimonio de vuestra conciencia al obrar rectamente; con ese servicio vuestro humilde, escondido, eficaz, a Dios, a la Iglesia, a las almas todas. No esperéis siquiera, a veces, que os comprendan otras personas e instituciones que también trabajan por Cristo. Buscad sólo la gloria de Dios, y, amando siempre a todos, no os preocupe que otros no entiendan (...). Así estaremos siempre firmes, tranquilos, alegres; y nunca dejaremos de ser sembradores de paz y de alegría” (*Carta 31-V-1954*, n. 25: AGP, serie A.3, 93-4-4). En la homilía *Desprendimiento*, publicada en *Amigos de Dios*, se lee: “Si de veras deseamos seguir de cerca al Señor y prestar un servicio auténtico a Dios y a la humanidad entera, hemos de estar seriamente desprendidos de nosotros mismos: de los dones de la inteligencia, de la salud, de la honra, de las ambiciones nobles, de los triunfos, de los éxitos” (AD, 114).

Dar gloria a Dios equivale a vivir un continuo diálogo con Él. Vivir para la gloria de Dios se manifiesta en primer lugar en la oración, en el trato con el Señor en la Eucaristía, en la unión con el Espíritu Santo. “A rezar, hijas e hijos míos, a rezar mucho: que ha sido, es y será siempre la oración personal nuestra gran arma. Rezar, para dar gloria al Señor, y para trabajar siempre con rectitud de intención. Si estamos metidos en Dios, con una presencia suya y una

tarea profesional que se funden en servicio al Señor, no perderemos jamás la buena dirección” (*Carta 19-III-1967*, n. 149: AGP, serie A.3, 95-1-1).

Respecto a la celebración eucarística, dice: “Cuando lo recibáis en la Eucaristía cada día, decidle: Señor, en tu nombre yo le pido al Padre (...). Y le pedís todo eso que conviene para que podamos mejor servir a la Iglesia de Dios, y mejor trabajar para la gloria del Señor: del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; de la Beatísima Trinidad, único Dios” (Meditación predicada el 24-XII-1969: AGP, Biblioteca, P06, 3, p. 403). Y en particular la jaculatoria “*Deo omnis gloria!*” conecta con el actuar del Paráclito divino: “El Espíritu Santo es fruto de la cruz, de la entrega total a Dios, de buscar exclusivamente su gloria y de renunciar por entero a nosotros mismos” (*ibidem*, n. 137).

6. Sentido del deseo de dar toda la gloria a Dios

Los textos de san Josemaría que hablan de la necesidad de dar a Dios toda la gloria son netos y frecuentes a lo largo de su vida. Pero, ¿qué sentido tienen? ¿Cuál es la finalidad de estos actos que expresan holocausto, negación, desaparición de sí? ¿Se traducen en una negación de lo humano? Se puede responder en dos pasos. Ante todo, indicando que, para san Josemaría, dar toda la gloria a Dios es precisamente lo que hace posible santificar, viviendo de manera plenamente cristiana, y por tanto también humana, los diversos aspectos centrales de la vida: el trabajo, el uso del tiempo, las relaciones personales con los familiares, amigos y colegas, etc.

Respecto al trabajo y al aprovechamiento del tiempo, decía: “Os lo repito ahora, hijas e hijos míos: trabajad cara a Dios, sin ambicionar gloria humana” (*Carta 15-X-1948*, n. 18: AGP, serie A.3, 92-7-1). “No trabajamos para encumbrarnos, sino para desaparecer y, con nuestro sacrificio, poner a Cristo en la cumbre de todas las

actividades de los hombres” (*Carta 9-I-1932*, n. 81: AGP, serie A.3, 91-3-1). Con una frase contundente, que invitaba a trabajar con diligencia e intensidad, y a la vez considerando la ordenación de todo a Dios, decía en *Camino* que “el tiempo es ¡gloria!” (C, 355; cfr. S, 509). “Rectifica, rectifica. –¡Tendría tan poca gracia que ese vencimiento fuera estéril porque te has movido por miras humanas!” (C, 787); y “Pureza de intención. –Las sugerencias de la soberbia y los ímpetus de la carne los conoces pronto... y peleas y, con la gracia, vences. Pero los motivos que te llevan a obrar, aun en las acciones más santas, no te parecen claros... y sientes una voz allá dentro que te hace ver razones humanas..., con tal sutileza, que se infiltra en tu alma la intranquilidad de pensar que no trabajas como debes hacerlo –por puro Amor, sola y exclusivamente por dar a Dios toda su gloria. Reacciona en seguida cada vez y di: «Señor, para mí nada quiero. –Todo para tu gloria y por Amor»” (C, 788).

Aspecto importante de la santificación de la propia vida y de la propia tarea es, por lo demás, el servicio a los hombres. Habla san Josemaría de la ambición de ser “el último en todo... y el primero en el Amor” (C, 430). Y, como consecuencia, nuestro trabajo “ha de estar informado por un rasgo que fue fundamental en el trabajo de San José y que debería ser fundamental en todo cristiano: el espíritu de servicio, el deseo de trabajar para contribuir al bien de los demás hombres” (ECP, 51), a la vez concreto, eficaz y desinteresado, con olvido del propio yo: “Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes. –¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!” (C, 440).

Esta doctrina lleva como de la mano al apostolado, hecho siempre cara a Dios. Es interesante notar que el primer síntoma del celo apostólico señalado por san Jose-

maría es el “hambre de tratar al Maestro” (C, 934). Y explica: “No hemos de abrigar otro deseo que el de estar pendientes de Dios, en constante alabanza y gloria de su nombre, ayudándole en su divina labor de Redención. Entonces, todo nuestro afán será enseñar a conocer a Jesucristo, y por Él, al Padre y al Espíritu Santo” (Homilía predicada el 25-XII-1972: AGP, Biblioteca, P06). En efecto, “apóstol es el cristiano que se siente injertado en Cristo, identificado con Cristo, por el Bautismo; habilitado para luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a servir a Dios con su acción en el mundo, por el sacerdocio común de los fieles, que confiere una cierta participación en el sacerdocio de Cristo, que –siendo esencialmente distinta de aquella que constituye el sacerdocio ministerial– capacita para tomar parte en el culto de la Iglesia, y para ayudar a los hombres en su camino hacia Dios, con el testimonio de la palabra y del ejemplo, con la oración y con la expiación” (ECP, 120).

7. La Virgen María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso

No faltan textos de san Josemaría que comentan cómo la Virgen vivía siempre cara a Dios, dándole a Él toda la gloria. En particular, citamos dos sacados de *Camino*: “¡Qué humildad, la de mi Madre Santa María! –No la veréis entre las palmas de Jerusalén, ni –fuera de las primicias de Caná– a la hora de los grandes milagros. –Pero no huye del desprecio del Gólgota: allí está, «juxta crucem Jesu» –junto a la cruz de Jesús, su Madre (C, 507); y “¡María, Maestra del sacrificio escondido y silencioso! –Vedla, casi siempre oculta, colaborar con el Hijo: sabe y calla” (C, 509).

Voces relacionadas: Filiación divina; Humildad; Identificación con Cristo; Lucha ascética; Vida interior; Vida ordinaria, Santificación de la.

Bibliografía: C, 779-789; JUAN PABLO II, “La creazione è rivelazione della gloria di Dio”, in *In-*

segnamenti di Giovanni Paolo II, 9/1 (1986), pp. 680-683; Salvador BERNAL, “Afabilidad humana y gloria de Dios”, en *Crónica de la beatificación, Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1992, pp. 142-144; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, I, Madrid, Rialp, 2010, pp. 253-278; II, pp. 400-405; Gerhard KITTEL - Gerhard VON RAD, *δόξα*, en *ThWNT*, II, 1935, pp. 235-258; Álvaro DEL PORTILLO, “Para Dios toda gloria”, en *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, Homilias y otros escritos*, Madrid, Rialp, 1992, pp. 223-228.

Paul O'CALLAGHAN

GONZÁLEZ GUZMÁN, NARCISA (NISA)

(Nac. Caboalles de Abajo, León, España, 12-VII-1907; fall. Valencia, España, 2-V-1998). Narcisa González Guzmán, más conocida como Nisa, fue una de las primeras mujeres del Opus Dei. Conoció al fundador en León (España), en 1940, y pidió la admisión en el Opus Dei en 1941.

Fue la sexta hija de Dionisio González Miranda (Naredo, León) y de Narcisa Guzmán Vázquez (Valderas, León), de cuyo matrimonio (27-VI-1900) nacieron ocho varones y tres mujeres. La familia vivió en Naredo y Caboalles, donde el padre trabajaba en las minas de carbón, primero como minero y después como sobrestante (responsable de un equipo de mineros). De carácter emprendedor, González Miranda descubrió nuevas minas, las declaró, obtuvo su concesión y emprendió su explotación, convirtiéndose en un importante empresario de la zona. En 1917 la familia se trasladó a León, donde participó activamente en las actividades sociales, culturales y deportivas de la ciudad. La vida familiar se desarrolló en un ambiente cristiano: los hijos fueron bautizados pronto, frecuentaban los sacramentos y, de mayores, pertenecieron a diversas cofradías.

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.